

Introducción

Mientras Cuba no sea una provincia de España, ínterin no seamos hermanos, iguales en premios y castigos, sucederá, lo que sucede, que nos ligan lazos, menos de simpatía, que de necesidad.

Jacinto de Salas y Quiroga,
Viages. Isla de Cuba (1840), cap. IX, p. 72

La división inmensa de blancos y negros es completa; su separación sin límites.

Jacinto de Salas y Quiroga,
Viages. Isla de Cuba (1840), cap. X, p. 85

En este trabajo, quisimos poner de relieve la impronta de la esclavitud en Cuba tanto en la memoria colectiva como en la formación de la nación cubana.¹ En ninguna parte —salvo en Brasil— la esclavitud, que duró tres siglos hasta su abolición muy tardía en 1886, hundió tan profundamente sus raíces en la sociedad.

La esclavitud no se resumía al trabajo forzado y no se puede asimilar a una opresión cualquiera debido a que el esclavo perdía su estatus humano para convertirse en un mueble, una simple cosa, un instrumento que se compraba, se vendía y se intercambiaba. Es decir, era «la negación del hombre por el hombre».² La esclavitud no se reducía tampoco a las relaciones dueño/esclavo sino que implicaba una transformación total de la sociedad. Por lo tanto, el estudio exige una visión global de las realidades esclavistas cuyas ramificaciones alteraban el derecho, la demografía, la economía, la política e incluso la vida intelectual. La esclavitud llegó a estructurar de forma particular toda la sociedad con sus diversos grupos de producción, de comercialización y sus redes de sociabilidad así como de poder. En este sentido, se puede hablar de «institución particular»³ en

¹ Verges, Françoise, *La mémoire enchaînée. Questions sur l'esclavage*, Paris, Albin Michel, 2006, p. 36. La autora considera que la esclavitud es un acto fundador de la sociedad y que, hoy en día, sigue teniendo impacto en las sociedades herederas de la esclavitud y del colonialismo.

² Pétré-Grenouilleau, Olivier, *Qu'est-ce que l'esclavage? Une histoire globale*, Paris, Gallimard, 2014, Introducción.

³ Ghorbal, Karim, *Réformisme et esclavage à Cuba (1835-1845)*, Paris, Publibook, col. Terres hispaniques, 2009. Citado por el autor que indica que era una expresión usada por los esclavistas para hablar de un régimen esclavista en el siglo XIX y para oponerse a los idearios de igualdad, p. 19. Aquí, la usamos en otro sentido poniendo de relieve la singularidad del régimen esclavista.

la que no es posible aislar a un actor individual sin tomar en cuenta el contexto esclavista global. En esta perspectiva, la esclavitud es comparable a una patología del cuerpo social cuyas metástasis llegan a gangrenar todos los órganos vitales.

Como lo subrayan los historiadores, las consecuencias fueron gravísimas: la esclavitud contribuyó a aislar internacionalmente a Cuba dado que fue un caso particular y, al mismo tiempo, a facilitar la intromisión extranjera en la política interior de la isla. Estos factores afectaron su imagen exterior. Para la metrópoli, Cuba seguía siendo la «perla de las Antillas», pero era en realidad un territorio de estatus particular con la existencia legal de la esclavitud⁴ y leyes especiales. Con el tiempo, la isla se volvió un foco de tensiones cada vez más difíciles de gestionar hasta tal punto que la independencia se haría bajo el control de Estados Unidos en 1898.⁵ En este contexto, las élites cubanas que sufrían el alejamiento y la auto-marginación denunciaban la tiranía del régimen colonial.

Específicamente, la esclavitud se manifestaba a través de dos realidades que conviene distinguir: la trata negrera —o sea, la deportación de los negros desde África— y el trabajo forzado en la isla con sus diversas modalidades de explotación. De ahí la complejidad de los debates sobre la esclavitud, bien se podían denunciar los abusos de la trata o los fallos de la agricultura de plantación sin plantear por eso la supresión de la esclavitud.⁶

Tales eran la posiciones de los reformistas de los primeros años del XIX como Francisco de Arango y Parreño (1765-1837), partidario de la autonomía, y Juan José Díaz de Espada (1756-1832), obispo de La Habana⁷ que era el defensor de una agricultura diversificada y mentor de Félix Varela (1788-1853) en el seminario San Carlos. Las ambigüedades de este tipo siguen vigentes en la generación siguiente, década de 1835 a 1845. Encabezados por Domingo del Monte (1804-1853), el círculo de reformistas contaba en particular con ricos propietarios —Miguel de Aldama, José Luis Alonso— e intelectuales tales como José de La Luz Caballero (1800-1862) y José Antonio Saco (1797-1879).⁸

⁴ La esclavitud había sido abolida en 1837 en la península, Cuba tenía por lo tanto un estatus de excepción.

⁵ Ghorbal, K., *op. cit.*, p.14.

⁶ Pétré-Grenouilleau, Olivier, *Les traites négrières. Essai d'histoire globale*, Paris, Gallimard, 2004, pp. 55 y ss.

⁷ En 1808, escribió *Diezmos* que ponía en tela de juicio la economía de plantación por destruir la agricultura de primera necesidad y preconizaba la diversificación de las producciones agrícolas.

⁸ Vigoroso polemista de su época, José Antonio Saco descartaba los movimientos revolucionarios armados que causarían la ruina de la isla pero abogaba por la supresión del tráfico de esclavos africanos en la isla de Cuba. Murió en Paris en 1879 y dejó *Papeles* que fueron publicados en tres volúmenes después de su muerte. Cabe mencionar una *Historia de la esclavitud*, un estudio titulado *Los Chinos en Cuba* y otro sobre *La vagancia en Cuba*.

Todos poseían haciendas azucareras más o menos importantes y, por lo tanto, esclavos. Algunos de ellos estaban vinculados a las familias más ricas como del Monte con la familia Aldama, por ello, los pseudo-abolicionistas se limitaron en realidad a denunciar los abusos de la trata sin proponer la abolición de la esclavitud.⁹ Sin embargo, era obvio que con el tiempo, la supresión de la trata implicaba, a plazo más o menos largo, la supresión de la esclavitud.

El reformismo se basaba en argumentos económicos y demográficos; con la mecanización de la industria azucarera y con el desarrollo del ferrocarril que permitían ahorrar mano de obra, la trata no era tan necesaria; por otra parte, el miedo a una «invasión negra» alimentado por la trata era otro argumento de peso. El miedo radicaba en ciertos datos demográficos ya que en el año 1841, la población negra, un 58,4 %, superaba a la población blanca que alcanzaba solamente un 41,5 %.¹⁰ El recuerdo de las rebeliones de esclavos en Haití al final del siglo XVIII, que ocasionaron la salida masiva de los plantadores blancos, estaba todavía presente en todas las memorias. En el pasado, la Real Cédula de 1789 había autorizado la trata y, a pesar de los dos tratados de 1817 y 1835 firmados con Inglaterra que prohibían la deportación de negros desde África, la trata ilegal seguía operando con la complicidad de las autoridades cubanas. Para contrarrestar el peso de los negros en la demografía cubana, los reformistas militaron en pro de una inmigración blanca y europea. En cambio, el problema moral que planteaba la esclavitud no fue tomado en cuenta.

Las ideas de los reformistas suscitaron desconfianza e incomprensión por parte de la mayoría de los hacendados que subrayaban las contradicciones de sus discursos.¹¹ Para los plantadores y los grupos de comerciantes, limitar o suprimir la trata era llevar la isla a la ruina. En la primera mitad del siglo, no se puede hablar de una campaña abolicionista que hubiera sido llevada a cabo por los reformistas, éstos sólo se limitaron a denunciar los abusos más escandalosos pero inherentes al sistema. En este contexto, el lector se dará cuenta de lo impactante que era la propuesta del viajero Alejandro de Humboldt cuando, en 1800, preconizó una abolición gradual de la esclavitud negociada con los propietarios.¹²

A mediados del siglo XIX, las tentativas de compra de la isla por parte de Estados Unidos así como los tres intentos anexionistas (1848, 1849, 1850) del general Narciso López pusieron de relieve las contradicciones de las élites cubanas y las ambiciones de Estados Unidos respecto a Cuba. El fracaso del

⁹ Ghorbal, K., *op. cit.*, p. 79.

¹⁰ *Ibid.*, p.30.

¹¹ *Ibid.*, p. 79.

¹² Humboldt, Alejandro de, *Ensayo político sobre la isla de Cuba*, La Habana, Fundación Ortíz, 1998, cap. VII, «De la esclavitud», p. 215.

general y su ejecución en 1851 no logró ocultar el hecho de que sus tentativas de apoderarse de la isla fueran respaldadas por un grupo de criollos cubanos involucrados en el Club de La Habana. Algunos las apoyaron, tal fue el caso de Cirilo Villaverde, por odio al régimen colonial español culpable de tiranía, y otros, por considerar que la anexión facilitaría el acceso a un vasto mercado y constituiría una garantía de mantenimiento de la esclavitud. Pero frente al movimiento anexionista, los intelectuales no fueron unánimes, José Antonio Saco, por ejemplo, denunció el peligro de «anglosajonar» la isla¹³ y el capitán general de la época, Federico Roncali, llegó a pensar que la emancipación de los esclavos sería el mejor remedio para acabar con el anexionismo.¹⁴ Bien se ve, en este caso, que la esclavitud había provocado una fractura profunda entre las élites.¹⁵

A pesar de las prohibiciones y de la presión inglesa, la trata ilegal se mantuvo hasta la década de los setenta. Pero a medida que iba bajando su importancia se planteaba cada vez más el problema de la esclavitud que vino a vincularse al ideario independentista y a las reivindicaciones de igualdad para todos los ciudadanos. La situación se radicalizó con el Grito de Yara, en 1868, y con la actuación de Carlos Manuel de Céspedes durante la Guerra de los Diez Años (1868-1878). Para la metrópoli, la vinculación de las exigencias independentistas con la abolición de la esclavitud era peligrosa ya que reforzaba las bases del movimiento revolucionario facilitando la incorporación de los negros a la insurrección. Deseando la pacificación de la isla, la metrópoli no tuvo otro remedio que hacer concesiones. En el Pacto de Zanjón (1878), la Corona tuvo que aceptar que los esclavos y colonos chinos, que hubieran peleado en las tropas insurrectas, quedaran en libertad.

El grupo de los anti-abolicionistas intentó frenar al máximo la evolución emancipadora, pero la situación era cada día más difícil, debido a que el poderoso vecino esclavista, Estados Unidos, había abolido la esclavitud en 1865. La Ley Moret llamada «de Vientres Libres», promulgada en 1870 y que liberaba a los esclavos nacidos a partir de 1868 y adelante, fue la consecuencia indirecta de la Guerra de Secesión y del cambio ocurrido en la zona. Sin embargo, quedaba mucho por hacer, pues ni la Ley Moret, ni el Pacto de Zanjón (1878) tomaban

¹³ Sevillano Castillo, Rosa, *Ideas de José Antonio Saco sobre la incorporación de Cuba en los Estados Unidos*, publicación del Archivo Histórico Nacional, España (<http://revistas.ucm.es/index.php/QUCE/article/viewFile/QUCE8686120211A/1803>). El autor menciona el epitafio que Saco escribió para su propia tumba: «Aquí yace José Antonio Saco que no fue anexionista porque fue más cubano que todos los anexionistas», p. 212.

¹⁴ *Ibid.*, p. 225. Se trata de una carta del 29 de septiembre de 1848 dirigida a las autoridades peninsulares.

¹⁵ Entre el despotismo del régimen social y la presión del sistema esclavista, algunos intelectuales liberales de la época no vieron otra salida que la incorporación a Estados Unidos para poder disfrutar de la libertad política.

en cuenta a los esclavos sumisos, ni a los que se habían incorporado a las tropas españolas durante el conflicto. Las contradicciones eran patentes y la situación se volvió ingobernable.¹⁶ De ahí, el Reglamento del Patronato de 1880 que estipulaba la abolición de la esclavitud en Cuba. De manera que la abolición fue de carácter gradual y sólo fue efectiva tras un periodo transitorio de seis años con la promulgación de la Real Orden de 1886. Como vemos, se trataba de una abolición tardía y forzada de larga duración.

Todas estas fases históricas dan las claves que permiten profundizar en la importancia que tuvo el problema de la esclavitud a lo largo del siglo XIX.

El presente estudio se centra en la lexicología vinculada a la esclavitud, o sea, palabras para decir lo trágico del destino de los esclavos. Esta lexicología es abundante y abarca varios campos de investigación: social, agrícola, industrial, artístico y jurídico. Así el «diccionario» se refiere tanto a actores específicos de la sociedad esclavista como a los trabajos en el campo, a las comidas, a la vestimenta, al hábitat, a las enfermedades o a los castigos; incluye también los cultos afrocaribeños y formas de vida de los cimarrones.

Esa lexicología está estrechamente ligada a la época con palabras que tuvieron trayectorias particulares y vidas propias; ciertas desaparecieron y otras, al contrario, perduraron a pesar de los cambios sociales. Las palabras en relación con la dieta son las que tuvieron la vida más larga ya que la alimentación de los negros era más o menos la misma que la del pueblo cubano; en cambio, las palabras que nombran a ciertos actores de la sociedad esclavista se «esfumaron» —felizmente— del vocabulario corriente. Tal es el caso del siniestro rancheador o cazador de esclavos fugitivos. Lo mismo ocurrió con los nombres de ciertos castigos o, mejor dicho, de las torturas infligidas a los negros. Así a través de la lexicología, nos adentramos poco a poco en la historia cubana y quizás en sus páginas más negras.

Después, con el transcurso del tiempo, los enunciados —que ya no se usaban— han dejado hoy día de comprenderse y, por lo tanto, nos pareció importante definirlos, darles nueva vida a través de los documentos y fuentes de la época. Para mantener el hilo cronológico por lo menos en el siglo XIX, indicamos los principales sucesos revolucionarios así como las rebeliones negras de importancia. Intentamos además insertar esa lexicología en la vida de la isla citando los refranes y dichos populares más conocidos.

En todo lo posible, procuramos ilustrar los enunciados, bien indicando las pinturas, grabados o litografías existentes sobre el tema, bien citando mayormente testimonios de viajeros a los cuales añadimos los de algunos actores cubanos de la época. A pesar de su interés, no todos los testimonios citados son fidedignos;

¹⁶ Portuondo del Prado, Fernando, *Historia de Cuba*, La Habana, Editorial Pueblos y Educación, 2000, cap. XXIV, p. 464.

hay que tomar en cuenta el deseo de las élites de valorizar la modernización de las haciendas y a veces de anticipar la abolición de la esclavitud y los problemas de mano de obra que ésta implicaba. Tal es el caso del hacendado trinitario Justo Germán Cantero (1815-1870)¹⁷ que publicó en 1857 *Los ingenios*, un repertorio ilustrado de los principales ingenios de la isla. Ilusionado por los avances técnicos que proporcionaba la maquinaria importada desde Liverpool y dedicada a la elaboración del azúcar, Cantero no se entretuvo en contar las trágicas condiciones de vida de los negros. Las reformas, que humanizaban el trato de los negros y las nuevas técnicas que mejoraban la elaboración del azúcar con el uso del vapor, sólo fueron aplicadas en unas cuantas haciendas poseedoras de los recursos financieros necesarios. En las demás, la vida cotidiana de los negros seguía sin cambios notables. En este contexto, los testimonios del rancheador Francisco Estévez (1837-1842), del mayordomo Manuel Vázquez y Torre (1837), del inspector de policía en La Habana, José Trujillo (1874-1881), del poeta esclavo Juan Francisco Manzano (1800-1853), del esclavo cimarrón Esteban Montejo (cuyas memorias van desde los años 1860 hasta 1960) y de los viajeros, hacen contrapunto con las declaraciones de J. G. Cantero y acercan al lector a las realidades concretas de la vida colonial. Además, nuestro estudio informa de las obras de los tres principales pintores forasteros: los franceses Frédéric Mialhe (1838) y Édouard Laplante (1848) así como el español, Víctor Patricio Landaluze (1850), que plasmaron escenas costumbristas, personajes típicos y paisajes de la isla.

Nuestro trabajo consta de dos partes, una primera constituida por el «diccionario negro», consagrado a la lexicología de la esclavitud —más de 230 entradas—; y una segunda parte dedicada a los «testimonios escritos de treinta y nueve viajeros europeos» que estuvieron en la isla en el siglo XIX.¹⁸ Ambas

¹⁷ Justo Germán Cantero era médico, pianista compositor y poeta. Vinculado a los Borrell y riquísimo, Cantero poseía tres ingenios en el valle de Trinidad: el de Buena Vista, La Caridad y el ingenio Güinía de Soto.

Este último contaba con 400 esclavos, máquinas de vapor inglesas y una represa que suministraba el agua necesaria. En 1857, publicó *Los ingenios* en colaboración con el francés Eduardo Laplante, que realizó las láminas panorámicas de los diversos ingenios. Esta obra lujosa fue dedicada a la Real Junta de Fomento. Dueño de una imprenta, era también desde 1851, el director del periódico *El Correo*. Hoy día, se puede visitar el museo del Palacio Cantero en Trinidad.

¹⁸ No hemos considerado los relatos de los numerosos anglosajones que visitaron Cuba ya que el gobierno británico había prohibido la trata a principios de siglo —1807—, y la presión inglesa a favor de la abolición era en la segunda mitad del siglo XIX casi unánime. Por otro lado, sabemos que hubo gran cantidad de europeos que fueron a Cuba para desarrollar algún negocio o empezar una nueva vida. No los tomamos en cuenta por ser emigrantes y no viajeros deseosos de dejar un testimonio escrito. Presentamos los viajeros y los extractos de sus obras de forma cronológica, según las fechas de estancia en Cuba.

partes no sólo están yuxtapuestas, sino que además son interdependientes en la medida en la que la primera trata de dar definiciones objetivas, mientras que la segunda transmite las experiencias personales, emocionales y subjetivas de los viajeros. Pasar de las entradas del diccionario a los extractos de los viajeros confiere mayor sentido y profundidad en la aproximación a los temas tratados, permitiendo una mejor comprensión del conjunto.

De forma voluntaria y cuando ha sido posible, hemos dejado los textos escritos en francés junto con la traducción, en vista del aprendizaje del idioma.